

Introducción

SONIA DAYAN-HERZBRUN

Profesor Emérito Universidad Paris-Diderot

Una vida que no es vida.

Estoy soñando mucho en este momento. A menudo pesadillas que me devuelven al mundo de mi infancia, la infancia de una niña judía muy pequeña, perseguida y escondida, de pueblo en pueblo, en el corazón de las Cévennes. Por la noche, el mismo pánico me abrumba, como si reviviera la amenaza de un enemigo que busca matarme, sin que yo sepa por qué. Durante el día, encuentro este descarado cielo azul y, como antes, estrategias para sobrevivir.

Sin embargo, sobrevivir no es vivir. Vivir sería actuar, resistir, inventar, imaginar. La pandemia nos ha transformado en sujetos pasivos y aterrorizados, cuyo comportamiento son dictados por otros. A pesar de sus defectos y sus mentiras, el estado, patriarcal y paternalista, flanqueado por representantes del poder médico, se ha convertido en el único remedio. Nos encarceló por nuestro bien. Él nos lo dice, y solo podemos creerlo. La única alternativa es creer en los rumores o engaños que circulan. Así que aquí estamos privados de nuestra facultad para juzgar y desarrollar colectivamente, en un debate real que no pasaría por la restricción de la comunicación a distancia que distorsiona y evita cualquier intercambio real. Rumiamos, nos hacemos preguntas. Ciertamente abundan los artículos, agregando palabras a palabras. Los hombres, sobre todo, a veces también las mujeres, pero en menor número, porque tienen que gestionar la vida cotidiana, nos traen análisis pedantes, destinados sobre todo a marcar su lugar en el espacio de los medios. Dudé mucho en escribir, para no agregar a esta acumulación detallada.

Socióloga, me pregunto sobre el uso de figuras que nos llegan todo el día y que nos hacen temblar. Convoco los datos básicos de la profesión. Encuentro los beneficios de los porcentajes. ¿Por qué no relacionar el número de enfermos y muertos con el de la población? ¿Por qué no comparar con la tasa de morbilidad “normal”, es decir, habitual y regular durante el mismo período de tiempo? ¿Por qué no cuantificar los efectos secundarios del confinamiento y comparar la tasa de muertes por ataques virales con el aumento de las víctimas de feminicidios o con las personas mayores en hogares de ancianos a quien la ausencia de sus seres queridos ha quitado todo gusto por la vida.

¿Por qué, cuando se trata de los países del Sur, no relacionar la tasa de mortalidad de COVID-19 con la de muertes por otras patologías? ¿Por qué no evaluar, porque los modelos estadísticos muy simples, por cierto, el número de aquellos que corren el riesgo de morir de hambre si persistimos en limitarlos? Las manifestaciones y revueltas que ocurren aquí y allá y durante las cuales aquellos cuya comida diaria solo es provista por estas actividades a menudo informales y ahora prohibidas por decisiones de contención, muestran que la inteligencia colectiva de los “condenados de la tierra” ha integrado esta dimensión.

Conocemos la triste respuesta política a todas estas preguntas. La pandemia ha resalado el hecho de que nuestro sistema político y económico globalizado era solo un coloso con pies de barro. Estamos confinados porque no podríamos tratarnos si nos enfermamos en grandes cantidades. Nuestros llamados estados democráticos perderían toda legitimidad allí, ya que han aumentado su violencia represiva en todas partes con el pretexto de garantizar nuestra seguridad. Aquí están al pie del muro. La línea entre la protección esencial y el control total, con el establecimiento en todo el mundo de estados de emergencia de duración limitada, fina y frágil. Esta situación en la que no podemos consentir ni rechazar es tan inquietante como todos los mandatos contradictorios que debemos cumplir.

Porque también buscamos nuestra seguridad y, por cierto, la de los demás. Por lo tanto, solo podemos permitirnos ser confinados. Pero nuestros gobernantes también se han confinado políticamente, forzados a convertirse brutalmente en los dogmas del estado de bienestar. Se encuentran atrapados en sus promesas. Nosotros, de nuestro lado, solo tenemos que esperar que los retengan, aunque solo sea por temor a que la ira contenida por mucho tiempo explote con violencia, de un extremo al otro del planeta.

Las promesas del gobierno siguen sin estar claras y no constituyen proyectos. Colectivamente o individualmente estamos privados de proyectos, incapaces de imaginar un futuro más allá de los pocos días que nos esperan. Vivir en una persona completamente humana es proyectarse uno mismo. Las organizaciones de izquierda y de extrema izquierda refuerzan sus convicciones y sus programas, y no se les puede culpar por ellas. Sus propuestas, cuando las emiten, son solo repeticiones de los discursos del pasado. Su imaginación ha faltado durante mucho tiempo. Todavía tienen el mérito de aferrarse a lo que los hizo existir.

Por lo que atañe a los individuos, privados de estas grandes escaseces de tiempo que eran el calendario, los ritmos sociales del trabajo, el ocio, las vacaciones, tienen ante sí solo un presente indeterminado. Tienes que aguantar a toda costa, solo o con niños o un compañero (o una compañera) a quien amas, eso es seguro, pero lo encuentras cada vez más difícil de soportar. Tienes que esperar, preguntándote si, en tu tienda habitual, finalmente encontrarás huevos o papel higiénico y te las arreglarás. Intentamos en vano que estas famosas máscaras sean pronto obligatorias, o esos geles de los que se nos dice que no podemos prescindir. Nos adaptamos lo mejor que podemos al paso brutal de una sociedad de consumo excesivo en un entorno de semiescasez, donde el gasto de placer está ausente, excepto para desahogarse en los sitios de ventas en línea que nos entregarán, no se cuando Y luego tenemos que fingir que no estamos poniendo en peligro la salud de los repartidores, o la de este gran cajero el otro día, que estaba manejando las “necesidades básicas” que acababa de comprar con guantes rotos.

Durante mucho tiempo me rebelé contra la máxima de Descartes quien, en *El Discurso del Método*, pidió cambiar sus deseos en lugar del orden del mundo, como él intentó hacerlo. El encierro me obliga a estar de acuerdo con Descartes. Si no silenciamos nuestros deseos, abrazamos a nuestros seres queridos o terminamos en la terraza de un café, la depresión nos vencerá. Pienso en Rosa Luxemburg que, en 1917, desde el fondo de su prisión le escribió a Sophie Liebknecht, para maravillarse con el sonido lastimero de un pájaro que ve y oye desde su celda, y cuyo nombre ha encontrado: un torcol. Probablemente encontraremos nuestros planes y deseos cuando salgamos de nuestro arresto domiciliario. Y encontraremos otro lugar.

Porque si hemos perdido la capacidad de proyectarnos, como aquellos que están enfermos con COVID-19 pierden el olfato y el gusto, hemos perdido nuestro otro lugar. Obligados como debemos ser capaces de justificar cada una de nuestras salidas, nuestra vida se desarrolla en un solo escenario, sin bambalinas, en lo que se convierte en una sociedad de control de otros: control de la policía, control de sus vecinos que se transforma fácilmente en informadores, controlados por su confinamiento conjunto. A veces me pregunto, cuando se trata de bromas, ¿cómo están las parejas adúlteras ahora? No solo estamos confinados en nuestras casas o en nuestras pequeñas viviendas que son tantas jaulas, sino que nos despojan de lo que dio su grosor al vínculo social: la reunión, el gesto, la mirada, la sonrisa. Con una máscara, no más sonrisas, esta imitación ritual por la cual nos suavizamos, hay poco, pero parece muy lejano, nuestras relaciones con los demás. Las relaciones reales, no las que mantenemos a través del teléfono y las llamadas redes sociales, se han vuelto puramente instrumentales. El intercambio de una oración tiene el valor de un regalo. ¿Cómo podemos soportar la enfermedad o la muerte de un ser querido, cuando se nos prohíbe ir a su cama para asistir a su funeral? Con el encierro estamos transgrediendo los ritos fundamentales que marcan a la humanidad.

Lo que a menudo me sorprende es la facilidad con la que, en primer lugar, cumplo con todas estas restricciones y restricciones. El único orden que es necesario es el de la preservación de los cuerpos. Los cuerpos, sin embargo, no son iguales. La pandemia nos confronta con la paradoja de un mundo único y fundamentalmente dividido. Revela todas las redes que circulan de un rincón del mundo a otro, pero también la profundidad de las desigualdades, entre el Norte y el Sur Global, así como dentro de los países más favorecidos. Porque esta vez, es la muerte la que golpea de manera directa y visible, el covid19 nos envía a la figura, a nosotros que estamos confinados, viviendo vidas que no lo son, las imágenes de aquellos que Ni siquiera tenemos el derecho a esta vida extravagante que apoyamos lo mejor que podemos, porque sabemos muy bien, nosotros que tenemos el privilegio de estar protegidos, que nos esperan mejores días.